

ha llegado á fecundar con estas abnegaciones el suelo patrio, ¿qué son y qué valen y qué significan ciertas miserias? Disputas de hombres, agua que pasa por los molinos.....

VII

Si por un prodigio irrealizable, la estructura material de ciertos hombres pudiera ser legada á la inmortalidad por la fuerza creadora de aquellos artistas que más íntimamente sintieran la representación de cada figura humana, el lienzo en que perdurase la del señor Limantour habría reclamado el pincel espiritual de aquel exquisito retratista de los caballeros de la corte de Carlos I, cuya alma generosa y suave—según la frase de un impercedero crítico de arte—tenía dulzuras y tristezas que los demás pintores no han conocido: Van Dyck.—Para fijar gallardamente la figura de nuestro biografiado en el breve término de una página, un "*Aprendiz de retratista*",—pseudónimo que apenas vela la personalidad de uno de nuestros distinguidos escritores, don Victoriano Salado Alvarez,—ha trazado unas cuantas líneas que quedarán perennemente por la interpretación fiel y precisa del «original:» «Alto, pálido, elegante, parece tallado en el tronco de un cedro airoso y fino. El rostro lo tiene severo,

pero los ojos expresan bondad y sencillez. La cabeza es fuerte, la frente ancha, la barba bien dibujada, la voz grata y serena,—serena sobre todo— como si tuviera ya formada acerca de hombres y cosas, una opinión difícil de cambiarse.»—He aquí el hombre á cuatro pasos: acerquémonos.

Al tenderle la mano, al cambiar con él las primeras frases, se tiene la impresión de que se está frente á alguno frío y reservado: su palabra breve y concisa, exenta de artimañas retóricas, va rectamente al objeto propuesto, limpia de los ripios y escarceos de que están trufados nuestros parlares latinos. Es verdad—pensáis—he aquí una estatua. ¡Pero esperad un momento! El hielo se funde en una sonrisa, lejana en sus comienzos, mas luego sin retención y próxima, la estatua se anima, y pronto os sentís arrastrado por una corriente de cordialidad culta y persuasiva. Y entonces se advierte algo extraño é inesperado: el hombre que os parecía en un principio autoritario, se os antoja, ahora, tímido, y el que juzgábais inabordable y orgulloso, se os presenta llano y accesible.—Cierto, el público, poco dispuesto á percibir las cualidades que no se exhiben en aparador y los afectos que no corren tras de sus pasos, tal vez no ha llegado á penetrar la sensibilidad que oculta la impasible rigidez de ciertos temperamentos que tienen una intensa vida interna. ¡Quién sabe! Acaso un psicólogo descubriría en esta misma ausencia de exteriorización de los movimientos del espíritu, las huellas de una sensibilidad excesiva. Y luego, no olvidemos que la con-

centración en este hombre ha sido el fruto de prolongadas enervaciones físicas que, desde muy temprano, lo obligaron á encerrarse en su propia existencia.

No entra el *exhibicionismo* en el carácter del señor Limantour, y aun evita cuidadosamente todo pretexto que sirva para dar á cualquiera de sus actos un aspecto teatral; con lo que, como es lógico, no ha logrado entrar en lo hondo de nuestras multitudes, que gustan de los grandes gestos, de las saluciones efusivas, de las actitudes aparatosas, de las alocuciones resonantes.—Lo ha dicho un escritor en las columnas de una publicación, que por cierto no ha manifestado la mejor buena voluntad hacia nuestro biografiado: «El pueblo ve al señor Limantour en la calle, atravesando nuestras avenidas en su raudo automóvil, con la mirada fija al frente, sin percatarse de lo que le rodea y dejando chasqueados á los oficiosos que, al verle venir, preparan un obsequioso «coup de chapeau» hasta las rodillas; lo ve en las grandes solemnidades oficiales, acompañando al Primer Magistrado de la República, y cambiando, de tiempo en tiempo, alguna observación rápida con éste ó aquel de sus colegas de Gabinete; suele verlo, por último, de vez en cuando, presidiendo una velada de obreros, siempre reservado, y en esos casos escrupulosamente cortés, con una cortesía que jamás traspasa los límites de la más pulcra corrección.»—En efecto, su rectitud de conciencia le impide adulterar su personalidad y presentarse otro de como es; hay en esto una

regla de honradez que no todos entienden.—¿Que no ama al pueblo? Lo ama demostrándose, antes que diciéndoselo. Cree seguramente que vale más que decírsele y no demostrárselo. ¿Que no ama la Democracia? La ama serena y firmemente, sin que á este sentimiento lo agiten espasmos ni sobresaltos; la ama al modo que la amaron con sus almas sajonas Clay y Hamilton y Madisson. ¿Alma sajona? No; á pesar de su frialdad aparente, el espíritu del señor Limantour está por admirable modo adaptado á las formas con que el alma latina ha rendido siempre culto al Arte y á la Ciencia. Son, á este propósito, reveladores testimonios las manifestaciones que ofrece, en su brevedad, la jugosa savia de su intelecto cuidadosamente cultivado y en el que los gérmenes de la discreción y del ingenio han tenido tierra propicia.

Del Limantour pensador y hombre de letras, tenemos, en efecto—aparte de su producción de orden económico y financiero, que revela un escritor cuidadoso y amante de la frase discreta—dos trabajos más definidos: el discurso que leyó en la clausura del Concurso Científico Nacional, en enero de 1901, y su *Memoria* sobre la vida de don Carlos Calvo, presentada con motivo de la recepción de nuestro biografiado al Instituto de Francia, en julio de 1909. El primero de estos trabajos es no sólo una profesión de fe científica, sino una página de

profunda confianza en las soluciones satisfactorias á los problemas que la Humanidad y la Patria tienen enfrente.

Para el señor Limantour el progreso de las sociedades está contenido dentro de la forma evolucionista darwiniana: «Destino es de las sociedades modernas marchar constantemente. El movimiento es á veces lento, á veces brusco, y en ocasiones vacilante y hasta retrógrado; pero propende, infaliblemente, al bienestar del hombre. El proceso por medio del cual se manifiesta esta tendencia, marca y define la evolución producida en las sociedades por la fuerza latente de la adaptación á que están sometidos los organismos todos, y que los transforma sin cesar, hasta armonizarlos con el medio en que viven. En ese trabajo de adaptación, los débiles, los mal preparados, los que carecen de elementos para consumir victoriosamente la evolución, tienen que sucumbir, cediendo el campo á los más vigorosos ó que por las condiciones características de su modo de ser lograron sobreponérseles y pueden transmitir á su descendencia las cualidades á que debieron la supremacía. Por esta ley terrible, á la cual no pueden substraerse el hombre ni las sociedades, se rigen los fenómenos de la vida, en todos los sujetos y á través de todos los tiempos.»

Pero por rígida que aparezca esa ley, el señor Limantour admite ciertas atenuaciones, anticipándose, de esta suerte, á lo que más tarde, en estos momentos precisamente, habían de hacer valer en la interpretación de la doctrina evolucionista y el

darwinismo social, algunos sociólogos modernos, especialmente los de la escuela psicológica. Así, ante la alternativa de aceptar sin restricciones la inflexible conclusión impuesta, forzosa y necesariamente, por algunos pontífices del fatalismo, ó la posibilidad de intentar con probabilidades de buen éxito cualquier esfuerzo para salvar el fallo pronunciado por las fuerzas naturales, dice como sigue:

«Soy de parecer que puede contestarse afirmativamente esta segunda pregunta, porque si bien la formación, el desarrollo y la muerte de las sociedades se hallan sometidas á leyes fijas, como lo están los fenómenos de la vida, cualquiera que sea el reino de la naturaleza en que se manifiesten, no es menos cierto que en el concurso de causas que rigen los fenómenos sociales y psíquicos, figuran dos factores cuya influencia en las relaciones de causa á efecto, es marcadísima, y que son característicos de la especie humana: la razón y el sentimiento moral.

«No desconozco que la observación de la naturaleza nos impone la convicción de que todo lo que á nuestro alrededor se mueve, obedece á leyes invariables; ni tampoco que nos llevan á una conclusión análoga, por lo que toca al hombre, la biología y la sociología, revelándonos la primera los secretos de la vida en todos los seres animados, y enseñándonos la segunda que la formación, el desarrollo y las vicisitudes de los grupos sociales, no son resultado de circunstancias fortuitas, sino de relaciones de causalidad bien determinadas; pero esto no

basta para convencernos, como sostienen algunos pensadores, de que no hay libre albedrío ni responsabilidad, sino que la inteligencia y las emociones del hombre resultan, exclusivamente, del proceso invariable de las leyes psíquicas.»

Realmente, sobre la unidad social pesa con vigor inexorable una larga serie de fuerzas que tiende á acomodarlo á un molde común. La raza, el clima, la educación, el ambiente intelectual y moral ejercen indiscutible influencia sobre el elemento *psiquis*; pero sobre todos esos elementos, está *el hombre* desligado de herencias y atavismos, el hombre investido de todos los «símbolos de capacidad»—para usar la frase de Carlyle,—la personalidad emancipada de yugos, el *yo* íntegro y victorioso, que «no se somete á presenciar estático el espectáculo de la vida, limitándose, como algunos sabios pretenden, á observar con su *conciencia*, la lucha de los motivos que determinan las acciones humanas.» A tanto equivaldría admitir que «carecemos de facultades propias y de medios de acción independientes de aquellos motivos, para variar, cuando no el resultado definitivo, al menos el orden, el carácter ó la duración de algunos de los innumerables incidentes de la vida.»

En cuanto á las consecuencias que del conocimiento de estas leyes se derivan para los fines del Estado, claro es que ellas señalan las adaptaciones necesarias de las fórmulas preconcebidas á las modalidades de cada agregado. La Ciencia puede moverse dentro de este espacioso campo de acción,

dejando, empero, al espíritu entera libertad para resolver otros problemas á los que ella no está destinada á dar solución; principio que debe servir de norma á todo criterio científico en sus relaciones con las creencias religiosas.

«A la sociología sirven de brújula para sus investigaciones las leyes por las que se rigen los fenómenos de la naturaleza, y su objeto es procurar descubrir la influencia de esas leyes sobre la razón, hasta el punto en que dicha influencia se nulifica ante el irreducible elemento de la personalidad humana. Por esto es que los principios fundamentales del Estado, las leyes de la Historia, la psicología de las multitudes y todos los demás fenómenos sociales cuyo estudio es tan interesante para el porvenir de los pueblos y de los individuos, supuestas las evidentes aunque complejas relaciones de existencia ó de causa entre esos fenómenos, nunca podrán sujetarse á un criterio absoluto por lo que hace á sus aplicaciones y desarrollo; pues si bien la dirección en que marcha la humanidad puede ser conocida, lo mismo que el proceso que determina en el desenvolvimiento de las sociedades la influencia de las leyes de la naturaleza, siempre quedará un punto arcano é inaccesible para las ciencias, y ese punto bien puede ser la esfera donde se mueve la inteligencia del hombre en lo que tiene de libre y de personal.

«Que existe ese algo (cuyo nombre no importa, pero que sirve de infranqueable barrera á las investigaciones científicas), es tan evidente, que muchos

de los pensadores que han querido llevar esas investigaciones hasta los confines más remotos del mundo objetivo y del subjetivo, se ven estrechados á reconocerlo y á admitirlo. Unos lo hacen con gallarda franqueza, y otros por medio de expresiones y conceptos que contienen la misma confesión, aunque vaga y embozada, como cuando nos hablan de *el infinito*, de lo *eternamente desconocido*, de los *finés de la naturaleza*, de la *causa original*, etc., etc.

«Nada se opone, pues, á que ese algo que existe y funciona fuera del límite dentro del cual estarán perennemente aprisionados los conocimientos del hombre, intervenga en los fenómenos de la vida, y esto, naturalmente, no es ya del resorte de la ciencia.»

La fe depositada en el individuo, que, ascendiendo un escalón más, se traduce por la fe en la colectividad, fundada en la acción de los pueblos vigorosos para salvar los obstáculos que pueden oponerse á su marcha y desenvolvimiento, llevaba al señor Limantour á recomendar el ejercicio constante de las energías nacionales; el factor «voluntad» como medio de asegurar los destinos de la patria, contra los negros augurios que al amparo del fatalismo de las leyes físicas se han descargado sobre nuestra joven nacionalidad.—Y decía el señor Limantour:

«Nutridos con esas ideas, no han de alcanzar á sacar de quicio vuestro criterio los vaticinios funestos para nuestra querida Patria que algunos tristes

agoreros repiten á diario, derivándolos de teorías relativas á inferioridad de raza, á condiciones geográficas desfavorables, y á otras circunstancias de constitución orgánica y de medio ambiente, teorías que, si fuesen de una inevitable realización, justificarían el sistema de indolencia estática, reñido con las más nobles aspiraciones de nuestro espíritu.

«Reflexionad en que los pueblos que hoy pretenden alzarse en el dominio intelectual y material del mundo, á título de superioridad etnográfica, son los mismos que vivían en la barbarie durante los siglos en que marchaban á la cabeza de la civilización otros pueblos cuya progenitura directa ha perdido ó parece que está perdiendo aquel dominio. Pensad igualmente en que las razones de orden climatológico que se aducen para invitarnos á reconocer la superioridad de los pueblos que habitan regiones situadas al Norte del 40 paralelo, tampoco tienen fundamento científico, porque las desmiente la historia, que nos ha enseñado á admirar la supremacía incontestable á que sucesivamente llegaron los egipcios, los griegos, los persas, los cartagineses y otros pueblos que habitaron comarcas más próximas al Ecuador; y tened, en fin, presente, á propósito de esos mismos augurios, que las condiciones desfavorables de medio social y aun las de organismo, que son, sin duda, más poderosas, pueden modificarse, en parte al menos, oponiéndoles una voluntad enérgica y bien dirigida.»

Para alcanzar la meta del progreso nacional, señalaba el señor Limantour los procedimientos y

medios más adecuados: la difusión de la educación popular, las medidas destinadas á resolver los problemas de colonización, los de higiene y moral públicas, y también el ensanche de la enseñanza literaria y de la crítica de arte; en tanto que, en otro terreno, la explotación de nuestras riquezas naturales en todas las direcciones que marcan las industrias, á los nuevos impulsos de la ciencia, vendría á combinar el bienestar y la felicidad colectivos con la felicidad y el bienestar del individuo. Y como final, algunos párrafos en que se deja ver nuevamente el pensamiento-madre que preside todo el discurso:

«Ha solido decirse que la Humanidad lleva en su organismo el gérmen de su propia destrucción, y que el hombre no nace sino para destruir ó, cuando menos, explotar á sus semejantes; pero bien comprenderéis, señores, la falsedad de esos aforismos pesimistas, puesto que aunque dista, y no poco, de ser armonioso el movimiento de la humanidad en los albores del siglo XX, mucho hay que prometerse de los gérmenes de solidaridad y de concordancia sembrados en los fecundos campos del saber y del sentimiento del hombre. ¡Ojalá que cada día eche más profundas raíces el horror á las luchas fratricidas, y crezca la propensión al mejoramiento intelectual y moral del que sois vosotros ilustrados y fervientes propagandistas.»

«Nuestra nacionalidad se deriva de dos civilizaciones: una que fué la más adelantada del continente, y la cual lograron extinguir los aceros con-